

LA EPIGRAFÍA: EVOLUCIÓN CONCEPTUAL Y METODOLÓGICA

THE EPIGRAPHY: CONCEPTUAL AND METHODOLOGIC EVOLUTION

JAVIER DE SANTIAGO FERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En el presente artículo se hace una revisión de la evolución seguida por el concepto y el método de la Epigrafía a partir de los años centrales del siglo XX. En él se pretende reivindicar la trascendencia que para la Epigrafía ha tenido la obra del Prof. Navascués. Se insiste en que la mayoría de las tendencias historiográficas que actualmente se siguen en la investigación epigráfica parten del citado autor, así como en la necesidad de situar la inscripción en su contexto histórico, social y cultural, como única vía para entender y comprender el llamado “hecho epigráfico”.

Palabras clave: Epigrafía, Concepto, Método, Tendencias Historiográficas, inscripción.

Abstract: In the present article a revision of the evolution of the concept and the method of the Epigraphy from the central years of the twentieth century is done. It intends to claim the significance that has had the work of the Prof. Navascués for the Epigraphy. The majority of the historiographic tendencies split of the cited author. Likewise it is important to situate the inscription in its social, historic and cultural context, as only way to understand the “epigraphic habit”.

Keywords: Epigrafía, Concept, Method, Historiographic tendencies, inscription.

Es para mi una gran satisfacción participar con una modesta contribución científica en este primer número de *Documenta & Instrumenta*, revista del Área de Conocimiento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad Complutense de Madrid. Al mismo tiempo quiero aprovechar la ocasión para rendir un homenaje a los dos últimos Catedráticos de Epigrafía y Numismática,

los Dres. Navascués y Ruiz Trapero, ambos de larga y fructífera andadura científica en nuestra Universidad y área de conocimiento. Sin ellos la Epigrafía nunca hubiera llegado a significar lo que hoy representa en la Universidad Complutense de Madrid. Fue Navascués quien compiló y sistematizó el concepto y método moderno de la Epigrafía que han permitido a esta ciencia desarrollarse como tal, trascendiendo el concepto de ciencia auxiliar o instrumental que aún hoy algunos sostienen, mostrando total ignorancia de las nuevas tendencias investigadoras de la ciencia epigráfica e incluso de la necesaria interdisciplinariedad que debe presidir la relación entre las ciencias humanas; término el de auxiliar o instrumental mantenido en publicaciones recientes y de relativa difusión, pese a ser indefendible desde el punto de vista científico. Ruiz Trapero continuó la línea de su maestro, difundiendo de modo incansable el concepto moderno de la Epigrafía, adaptándolo a los nuevos tiempos, técnicas y tendencias historiográficas, y contribuyendo en gran medida a romper la tradicional consideración que catalogaba a la Epigrafía como ciencia auxiliar, al integrarla plenamente en la Historia, ofreciendo una visión integral de Epigrafía y epígrafe. Creo que son motivos suficientes, además del afecto personal que me une a mi maestra, María Ruiz Trapero, para dedicarles a ambos, especialmente a la última, un tema de reflexión sobre las actuales tendencias metodológicas en los estudios epigráficos.

Bajo mi punto de vista las principales líneas de análisis que ha seguido la Epigrafía durante la segunda mitad del siglo XX y los años iniciales del actual parten de un tronco común. Ese núcleo inicial es el discurso de entrada en la Real Academia de la Historia de D. Joaquín María de Navascués: *El concepto de la Epigrafía. Consideraciones sobre la necesidad de su ampliación*¹. Esta publicación constituye a mi modo de ver un soporte básico sobre el que se asientan la mayor parte de las tendencias actuales, un trabajo de investigación serio que rompió el corsé que hasta ese momento había atenazado a la Epigrafía. En efecto, la Epigrafía antes de Navascués se encontraba absolutamente limitada por el servicio evidente que presta a otras ciencias como fuente, en muchos casos única y en otros esencial. Eso había constituido una pesada carga que, sin duda, había hecho de ella una ciencia auxiliar, una técnica de lectura, interpretación y ordenación de inscripciones, enormemente útil para la Historia Antigua y para la Filología, pero al fin y al cabo auxiliar. A partir de Navascués y de los que le siguieron, siendo la Profesora Ruiz Trapero una de las más fervientes defensoras y difusoras del nuevo concepto propugnado por su maestro, incidiendo en nuevas

¹ Madrid, 1953.

líneas docentes y de investigación que aquel dejó sólo trazadas, la Epigrafía se ha convertido en una ciencia plena, autónoma y con valor en sí misma.

No pretendo renegar, ni tampoco lo hizo Navascués, del concepto clásico, basado en la lectura, interpretación y ordenación de los conjuntos de inscripciones, empleando para ello los elementos internos de la inscripción. Eso continúa siendo básico en el estudio de los epígrafes; lo primero y esencial en el análisis de estos documentos escritos es leerlos e interpretarlos bien; todo lo que construyamos sobre lecturas erróneas carecerá de la base necesaria para hacer una investigación seria con resultados productivos. Por mucho que busquemos nuevas orientaciones para esta ciencia no debemos olvidar el documento primigenio. Sin embargo, esa realidad no ha de suponer que el epigrafista pueda conformarse con la mera lectura y edición de la inscripción o conjunto de inscripciones. A partir de Navascués, la Epigrafía es algo más, es una ciencia propia que ha de explicar el fenómeno epigráfico en su integridad, para lo cual incluye el estudio de elementos nuevos que el concepto clásico no contemplaba.

A lo largo de sus investigaciones Navascués ya echó en falta la valoración de otros elementos, los externos, distintos al pensamiento y el lenguaje, los llamados elementos internos. En efecto, “La inscripción es, pues, como todo escrito, un cuerpo físico en el cual se funden en un solo ser la escritura y su soporte, el cual es a su vez la expresión plástica de un lenguaje y de un pensamiento”². Los caracteres externos, la materia, la forma y la escritura, constituyen la expresión plástica de los internos. Sin ellos, el pensamiento y el lenguaje permanecerían inéditos y desconocidos, pues no tienen consistencia física y no pueden ser percibidos sino a través de la forma externa. El epígrafe es “una forma material producto del arte humano y, como tal, sujeto a una evolución que ha de acusar las características de cada momento”³, pero esa evolución afecta todos los elementos del epígrafe, a los internos y a los externos, que se desarrollan y cambian en consonancia con su tiempo; separarlos unos de otros es algo artificial que no se corresponde con la misma realidad que están representando y reflejando las inscripciones. A pesar de lo obvio de estas ideas, el concepto clásico de la Epigrafía prescindía, y aún lo hacen quienes se han mantenido fieles a él, de los elementos externos. Algunos manuales relativamente actuales⁴ realizados muchos años después del *Discurso* de Navascués han preferido seguir

² NAVASCUÉS, op. cit, p. 66.

³ NAVASCUÉS, op. cit, p. 35.

⁴ Ver Pedro LÓPEZ BARJA, *Epigrafía Latina*, Santiago de Compostela, 1993.

la línea marcada por otro de los autores clásicos de la Epigrafía, René Cagnat y su Epigrafía Latina⁵, firme defensor del concepto clásico, cuyas ideas se sintetizan en la siguiente definición: “la Epigrafía no es una ciencia aparte, suficiente por ella misma y sin punto de contacto con el grueso de conocimientos que forman el fondo de nuestros estudios. No es un elemento esencial de la Filología, sino una de las fuentes de las cuales se puede sacar cualquier tipo de conocimiento sobre la religión, las leyes, la historia política, la vida privada y la lengua de los antiguos”⁶. Es una línea respetable pero, a mi modesto entender, parcial e insuficiente y desde luego inviable de acuerdo al desarrollo y estado actual de las Ciencias y Técnicas Historiográficas. Es un planteamiento mantenido desde áreas de conocimiento ajenas a las Ciencias y Técnicas Historiográficas, especialmente la Historia Antigua, que puede ser válido para un uso instrumental de la Epigrafía como fuente de conocimiento de esas ciencias, pero nunca admisible desde el punto de vista de la consideración de la Epigrafía como una ciencia en sí misma, con un objeto de estudio propio y un método de investigación específico. Para la Epigrafía el centro es la inscripción en su conjunto, no sólo los conocimientos que transmite.

Antes dije que el *Discurso* de Navascués es el soporte principal sobre el que se asientan las tendencias metodológicas actuales en el estudio de la Epigrafía. Veamos brevemente cuáles son. Uno de los elementos más importantes que emanan de este trabajo científico es el estudio de la escritura. Creo que esto constituye una realidad en la actual investigación epigráfica. El análisis de la escritura es una parte importante de su método, realidad que es fácil de constatar en los trabajos de importantes autores como Jean Mallon⁷, Gordon⁸ o el propio Navascués⁹ y que en tiempos más recientes ha recibido también el beneplácito de prestigiosos investigadores, como fueron los consultados en la famosa encuesta realizada por Armando Petrucci acerca de las relaciones entre Epigrafía y

⁵ René CAGNAT, *Cours d'epigraphie latine*, Paris, 1914.

⁶ Ibidem, pp. XIII-XIV.

⁷ Podríamos citar su monumental *Paléographie romaine*, Madrid, 1953. Posteriormente sus trabajos más significativos fueron reunidos en *De l'écriture: recueil d'études publiées de 1937 a 1981*, París, 1982.

⁸ Entre sus trabajos más significativos se podrían destacar, Arthur J. GORDON, *Supralineate Abbreviations in Latin Inscriptions*, Berkeley / Los Angeles, 1948; *Contributions to the Palaeography of Latin inscriptions*, Berkeley / Los Angeles, 1957; *Album of dated latin inscriptions: Rome and the neighborhood A.D. 100-199/200-525*, Berkeley / Los Angeles, 1965.

⁹ La lista de sus trabajos sería interminable, pero en la mayor parte de ellos hace exhaustivos análisis de la escritura.

Paleografía publicada en *Scrittura e Civiltà*¹⁰. En efecto, el método epigráfico, si pretende ofrecer una visión integral y completa de la inscripción, no puede prescindir de lo que es su esencia, la misma escritura. Lo que convierte un trozo de mármol o cualquier otro material en una inscripción es precisamente la presencia de la escritura. La Epigrafía y su método tienen que valorar necesariamente la escritura del epígrafe. Es requisito imprescindible que estudie las características de ésta, su evolución, su vinculación con la finalidad de la inscripción y, en suma, todos los aspectos que estén relacionados con ella. Ese estudio sistemático de la escritura de las inscripciones es lo que ha permitido ir superando terminologías anquilosadas, inexactas y carentes de base científica que aún hoy se siguen leyendo en las publicaciones. El método epigráfico moderno ha de ser capaz de superar, y de hecho ya lo permite, expresiones tales como “letras de buena época”, “toscas” o “decadentes”, “rasgos actuarios”, etc.; términos que poco o nada aportan a la claridad de ideas y al progreso de la ciencia epigráfica, además de ser la mayor parte de ellos calificativos totalmente subjetivos. Para la investigación epigráfica es vital el estudio de la escritura y en ese sentido necesita aplicar el método paleográfico, de manera muy parecida a como éste es utilizado en otro tipo de testimonios escritos.

El desconocimiento, quizá deberíamos decir desprecio, por parte del concepto clásico de la escritura presente en los epígrafes es lo que impedía utilizar ésta como medio de datación. Los epigrafistas tradicionales acudían para ello al contenido textual, a las fórmulas internas de la inscripción. A pesar de la validez de este planteamiento, su complemento con el estudio de la escritura proporcionará datos mucho más exactos y fiables, ya que el contenido textual tiende a enquistarse en formularios y rutinas que evolucionan de forma mucho más lenta que la escritura¹¹. De hecho, recurrir únicamente al contenido interno ha dado lugar a numerosos errores de datación e imprecisiones. El empleo de la escritura es una tendencia cada vez más empleada en la investigación epigráfica, aunque lógicamente aún dificultada por la escasez de estudios existentes, lo cual hace problemáticas las comparaciones necesarias para obtener una datación correcta a través de ella. Probablemente el lector antiguo tenía la capacidad, incluso mejor que nosotros, de

¹⁰ Armando PETRUCCI, “Epigrafía e paleografia inchiesta sui rapporti fra due discipline”, *Scrittura e Civiltà*, 5 (1981). Los encuestados fueron Robert Favreau, Margherita Guarducci, Jean Mallon, Silvio Panciera, Aldo Prosdocimi, Giuseppe Scalia, Heikki Solin y Giancarlo Susini. Todos ellos coincidieron en la necesidad que tiene la Epigrafía de valorar el análisis de la escritura de sus objetos de estudio.

¹¹ NAVASCUÉS, op. cit, p. 80.

situar cronológicamente una inscripción en función de su escritura; contamos con el testimonio de Velleio Patercolo (II, 61, 3), *aetatem eius scriptura indicat* (la escritura indica su cronología)¹². La utilización de la escritura como medio de datación ha calado en prestigiosos investigadores y en la actualidad es una técnica plenamente reconocida. Margherita Guarducci llega a afirmar que "... el alfabeto griego no sufrió ningún cambio de sustancia más, sino solamente variaciones de forma, o mejor, de estilo. Es necesario conocer, al menos en sus líneas esenciales, esta evolución estilística, porque conocerla es en muchísimos casos casi nuestro único recurso para datar la inscripción"¹³. Tal aseveración proveniente de una experta en Epigrafía griega no puede sino reafirmar la gran verdad de las ideas de Navascués, corroborada en épocas más recientes por autores de alto prestigio, como es el caso de Marc Mayer, quien afirma que "la datación de tipo paleográfico por mucho tiempo puesta en entredicho subyace no obstante en un buen número, si no en la mayoría, de las fijaciones de cronología"¹⁴; es una afirmación altamente relevante, pues está realizada para el contexto de la Epigrafía latina clásica, aquel en el que la datación paleográfica ha sufrido mayor número de críticas. De cualquier forma, no conviene exacerbar hasta la exageración el empleo de la escritura para la datación; el uso por sí sólo de este método puede en numerosas ocasiones conducir a equívoco o a efectuar afirmaciones demasiado arriesgadas. Ningún criterio por sí solo debe ser considerado como determinante. Lo mejor es recurrir a la confluencia de criterios y la conjunción de diversos factores apuntando en una misma dirección. La coincidencia de todos los elementos, los internos y los externos, es el mejor medio para datar correctamente una inscripción, además del posible auxilio que puedan prestar otras disciplinas¹⁵.

A pesar de su utilidad como elemento para la datación, el estudio que la Epigrafía hace de la escritura no debe quedar ahí. Ésta es un elemento cultural y prescindir de su aspecto externo ha sido uno de los mayores errores que ha sufrido la Epigrafía. No pueden considerarse del mismo modo las inscripciones de época romano imperial que las producidas en el período posterior a la caída de Roma; en estas últimas, se consolida una tendencia que se venía manifestando desde tiempo

¹² Citado en Angela DONATI, *Epigrafía romana. La comunicazione nell'antichità*, Bologna, 2000, p.10.

¹³ Margherita GUARDUCCI, *Epigrafía Greca*, vol. I, Roma, 1967, p. 368.

¹⁴ Marc MAYER, "El primer horizonte epigráfico en el litoral noreste de la Hispania Citerior", Francisco BELTRÁN LLORIS (ed.), *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, Zaragoza, 1995, p. 105.

¹⁵ Este método lo apliqué, a mi juicio con buenos resultados, en Javier de SANTIAGO FERNÁNDEZ, "La documentación epigráfica cristiana de Mertola: su datación", *Revista General de Información y Documentación* 13/1 (2003), pp.97-113.

anterior, la pérdida de la geometría y perfección de la letra, es el triunfo de la espontaneidad y la libertad en el trazado. Esos cambios son fruto de una serie de elementos determinantes de tipo cultural, económico, religioso, etc., que deben ser valorados por la investigación epigráfica. Querer reducir el análisis de documentos tan distintos a un mero estudio del mensaje, factor importante pero insuficiente, es valorar el epígrafe de forma parcial e incompleta.

La escritura debe ser contemplada en directa relación con el mensaje, pero también con la materia que sirve de soporte y con la forma de éste. El estudio epigráfico debe ser integral. Este hecho nos permite introducir otro aspecto de la investigación epigráfica que ya fue insinuado por Navascués cuando, hablando de los elementos externos, afirmó que “como en todo escrito, en la ejecución de la inscripción intervienen estos factores: un factor intelectual, el pensamiento humano, en el que radica el origen de la inscripción; un factor lingüístico, por el que el pensamiento adquiere su expresión verbal; un factor psicológico, en virtud del cual intervienen la voluntad con el propósito de confiar a la escritura aquel pensamiento y la intención con que se quiere escribir; y, finalmente, unos factores físicos, que son la escritura y su soporte, los cuales entrañan un conjunto de realidades sensibles y determinadas en parte por la intención con que se escribe y en parte por las necesidades de la ejecución. Pero de entre todos estos factores, sólo esas realidades sensibles constituyen la expresión plástica del lenguaje, de la intención y del pensamiento, y forman el cuadro de los caracteres externos de la inscripción, a través de los cuales es posible comprender la intención que presidió la ejecución de la escritura”¹⁶. Esta larga cita se justifica por la magnífica expresión de la profunda verdad contenida en los epígrafes y no siempre comprendida: la materia, la forma, la escritura, e incluso la ubicación futura del epígrafe, sirven al objetivo pretendido por la persona que encarga su ejecución. Es por tanto el análisis de los elementos externos, siempre en relación con los internos, el único que puede contribuir a indicar de la manera más exacta y satisfactoria posible cual es el objetivo concreto de la mayor parte de inscripciones. La trascendencia y los caminos que abre la afirmación de Navascués son notabilísimos. Atender a la voluntad y a la intención del que escribe supone la consideración de la inscripción como un medio de comunicación mediatizado por la persona que escribe o manda escribir, por la intención con que lo hace y por la persona o grupo de personas a los cuales va dirigido el mensaje. De aquí se deriva la necesidad de valorar elementos hasta

¹⁶ NAVASCUÉS, op. cit, p. 66.

entonces tenidos muy poco en cuenta, como son las ya aludidas materia, forma y escritura, pero también otros como la colocación original que tuvo el epígrafe y la finalidad de éste. La elección de una materia y forma determinadas y de una escritura generalmente monumental, en muchos casos de trazado artificial, no es algo casual. Es el resultado de un acto consciente que está persiguiendo un objetivo concreto y determinado. Es una idea magníficamente recogida por Susini cuando dice que “la precisa, o confusa, voluntad del comitente representa el verdadero motor de la evolución de la semántica epigráfica”¹⁷. Es lo que Vicente García Lobo ha denominado elementos funcionales del epígrafe y le ha llevado a considerar, de manera acertadísima, la inscripción como un medio de comunicación en el que el autor y el destinatario juegan un papel primordial y condicionante¹⁸. No en vano se ha afirmado que “inscripciones expuestas y monedas constituyen la vía primaria para la aculturación en el mundo romano”¹⁹ y que la inscripción tuvo como una de sus principales funciones la publicidad y la difusión de información, especialmente antes de la invención de la imprenta²⁰, llegando a ser calificada como un medio de publicidad universal y perdurable²¹.

Los ejemplos al respecto podrían ser numerosos. Muy interesante es el que ofrece la inscripción que estuvo situada a ambos lados del acueducto de Segovia, a unos 20 metros de altura, compuesta en letras doradas ordenadas en tres renglones con una longitud de 17 metros. Su reconstrucción, realizada por Geza Alföldy, fue posible a través del estudio de los agujeros en que los que se habían fijado las letras metálicas, hoy desaparecidas²². Dice la inscripción, datada en el 98 d.C., IMP(eratoris) NERVAE TRAIANI CAES(aris) AVG(usti) GERM(anici), P(ontifici) M(aximi), TR(ibunicia) P(otestate) II, PATRIS PATRIAE IVSSV, P(ublius) MVMMIVS MVMMIANVS ET P(ublius) FABIVS TAVRVS II VIRI MVNIC(ipii) FL(avii) SEGOVIENSIVM AQVAM RESTITUERVNT; Por orden del emperador Nerva Trajano César Augusto Germanico, Pontífice Máximo, en su segunda tribunicia potestad, Padre de la Patria, Publio Mummio Mummiano y Publio Fabio Tauro, duunviros del municipio Flavio de los segovianos,

¹⁷ Giancarlo SUSINI, *Il lapicida romano. Introduzione all'epigrafia latina*, Roma, 1968, pp. 69-70.

¹⁸ Vicente GARCÍA LOBO, “La Epigrafía Medieval. Cuestiones de método”, *Centenario de la Cátedra de Epigrafía y Numismática, Universidad Complutense de Madrid, 1900/01-2000/01*, Madrid, 2001, p. 82 y pp. 99-100.

¹⁹ DONATI, op.cit, p.

²⁰ En su respuesta al cuestionario planteado en PETRUCCI, art. cit, p. 272.

²¹ Robert FAVREAU, *Fonctions des inscriptions au Moyen Age*, FAVREAU, *Études d'épigraphie médiévale*, Pulim, 1995, p. 155.

²² Geza ALFÖLDY, *Die Bauinschriften des Aqueduktes von Segovia und des Amphitheatres von Tarraco*, Berlín, 1997.

restauraron el acueducto. La intención propagandística de la inscripción es obvia; por un lado reconoce la preocupación del emperador por las necesidades de los ciudadanos de Segovia y, con ello, de todo el Imperio Romano, y por otro engrandece a la misma comunidad segoviana que, a través de sus duunviros, demuestra la capacidad necesaria para asumir una obra de tal envergadura complaciendo los deseos del soberano. La ubicación de la inscripción y la técnica escriptoria utilizada sirven a tal fin buscado por los que ordenan la ejecución de la inscripción, sin duda los citados duunviros. Todo en ella está orientado a atraer la atención de los posibles lectores, cumpliendo así ese fin propagandístico. En primer lugar, su misma ubicación en la parte central del acueducto en ambos lados, pero al mismo tiempo las letras doradas empleadas, buscando la forma de transmitir el mensaje de la forma más solemne posible. El uso de las letras de bronce, introducidas en época de Augusto, han de tener un objetivo especial pues para el fin de transmitir un simple mensaje hubieran bastado los típicos caracteres incisos sobre el soporte. Según la opinión de Alföldy, probablemente están intentando transmitir la idea *aurea aetas*, edad áurea que pretende iniciar Augusto²³. Es un elemento más al servicio de la ideología de esa nueva edad áurea; de hecho este tipo de letras eran llamadas en la literatura antigua, como por ejemplo vemos en Tácito o en Suetonio, *aureae litterae*²⁴. Las inscripciones se adaptaban mejor que cualquier otro medio de comunicación a la transmisión de los conceptos políticos a la sociedad y servían para perpetuar los recuerdos de las clases elevadas. Debe ser misión del epigrafista valorar el eco que tales textos pudieron haber tenido en la sociedad que los produjo, evaluar, en suma, el papel de los epígrafes y la producción epigráfica. Es, como dije antes, la valoración del autor y del destinatario, la consideración del epígrafe como un medio de comunicación que sirve a unos fines concretos y cumple unos objetivos determinados. Sus características están determinadas por esos fines y objetivos, si bien también intervienen el proceso de producción de la inscripción, los medios técnicos con los que se cuenta y las disponibilidades económicas del autor, lo cual tiene notoria influencia en el resultado final. Esta inscripción del acueducto segoviano y otras similares extendidas por todo el Imperio para difundir las obras públicas son el elemento propagandístico ideal de los medios de gestión del Estado y de su organización.

²³ ALFÖLDY, “Augusto e le iscrizioni: tradizione ed innovazione. La nascita dell’epigrafia imperiale”, *Scienze dell’Antichità. Storia, archeologia, antropologia*, 5 (1991), p. 581.

²⁴ Citado en ALFÖLDY, “Augusto e le iscrizioni: tradizione ed innovazione”, p. 581.

Si claro es el caso anterior, casi más lo es el de los miliarios en época imperial, inscripciones cuyo fin básico era indicar al caminante el punto en el que se encontraba y lo que le restaba para alcanzar su destino. Sin embargo, el papel de propaganda política que jugaron resulta evidente, por ir repitiendo constantemente a un público muy diverso y numeroso el nombre del emperador con toda su titulación.

Es evidente que cuando se ejecuta una inscripción, se escoge un material determinado con una forma concreta y un tipo de escritura se hace de acuerdo con la finalidad perseguida. Resulta lógico que, por ejemplo, un legionario que escribe a su familia en Roma no elija una placa de mármol, material solemne y de elevado costo, además de difícil manejabilidad. Por el contrario, un miembro de la elite municipal no va a utilizar como soporte para su epitafio una tablilla de madera, ni va a ordenar su ejecución en una escritura cursiva. Al respecto es importante insistir y recordar que el mensaje epigráfico tuvo una finalidad evidente de difusión pública. Generalmente las inscripciones se pensaron para llegar a un público, dentro del ámbito social concreto en el que fuese realizado, lo más amplio posible. Esa finalidad determina precisamente los elementos externos de la inscripción, que suelen estar caracterizados por un material que persigue la perdurabilidad y una escritura que busca la mejor legibilidad posible, así como atraer la atención del espectador, generalmente, aunque no siempre, mediante un intento de solemnidad. También esa pretensión publicista sirve para explicar el alto número de inscripciones bilingües o plurilingües conocidas, tanto en el ámbito latino clásico, fundamentalmente inscripciones bilingües griegas y latinas, sin faltar otras lenguas y alfabetos como el púnico o los itálicos, como en el Medievo hispano, con epígrafes que utilizan la escritura latina y la árabe, incluso en algunos casos también la hebrea. Esa realidad no sólo indica contactos culturales entre dos o más comunidades, sino también una pretensión comunicativa y publicitaria. Precisamente dicha finalidad determina de tal manera el epígrafe que es la que sirve para delimitar el ámbito de estudio de la Epigrafía. Ya lo recogió don Manuel Gómez-Moreno en su respuesta al discurso de ingreso de Navascués en la Real Academia de la Historia, cuando dijo que el epígrafe era una “composición literaria para conmemorar un hecho en condiciones monumentales. Publicidad, solemnidad y perduración la caracterizan, y éstos son los requisitos exigibles para entrar en el noble acervo de la Epigrafía”²⁵, idea que mantuvo Susini al definir a la Epigrafía como “la ciencia histórica del modo como ciertas ideas fueron destinadas a ser públicamente y perdurablemente

²⁵ “Discurso de D. Manuel Gómez-Moreno y Martínez” en NAVASCUÉS, op.cit, p. 93.

conocidas”²⁶. Una de las peculiaridades de todo epígrafe “es sin duda el carácter público o semipúblico”, dice Scalia²⁷. Silvio Panciera concibe al epígrafe como “parola visibile”²⁸. Todo en la inscripción está orientado a tal fin difusor, desde la adopción de los caracteres alfabéticos, pasando por la técnica de incisión, hasta la colocación del epígrafe en un lugar perfectamente visible y, de hecho, Favreau llega a afirmar que las inscripciones constituyen el mejor medio de difusión de mensajes hasta la invención de la imprenta²⁹. Tal importancia de la finalidad de la inscripción, tan valorada por la reciente investigación epigráfica, hasta el punto de servir para delimitar el ámbito de la Epigrafía, parte del *Discorso* de Navascués y no hubiera sido posible de no prestar la adecuada atención a los elementos externos, pues fruto del estudio de éstos y de los internos es posible acceder a los funcionales.

Los factores reseñados anteriormente pueden estar mediatizados, y de hecho así ocurre, por otros. Además de la ya referida intencionalidad del que encarga la inscripción, participa su propio grado de cultura, su extracción social, su disponibilidad económica, sus creencias religiosas, etc. Tales elementos van a condicionar el resultado final de la inscripción, especialmente su aspecto externo. Como es lógico, no puede ser lo mismo una inscripción procedente de un centro importante, encargada por un miembro distinguido de la elite social, que otra que sea reflejo de la voluntad de personas con escasos recursos económicos. Eso ha de tener una influencia indudable en elementos como la elección del material e incluso la mayor o menor perfección en la ejecución de la letra. También las creencias religiosas mediatizan enormemente el mensaje epigráfico, y no únicamente en cuanto contenido; los elementos externos también cambian y denotan en buena medida las creencias de aquel que encargó la inscripción. Son factores relativos e indicativos del autor moral de la inscripción a los que únicamente se puede acceder mediante el estudio de los elementos externos.

También es factor de influencia el taller epigráfico en el que haya sido elaborada la inscripción. La habilidad del artesano que la ejecuta es algo determinante. El trabajo epigráfico es un trabajo artesanal especializado, que exige un profesional con una notable preparación. La ejecución de la habitual escritura epigráfica probablemente estaba reservada a una minoría de especialistas, que trabajaban de acuerdo a los encargos del cliente y en

²⁶ SUSINI, op. cit, p. 86.

²⁷ Giuseppe SCALIA en PETRUCCI, art. cit, p. 303.

²⁸ Silvio PANCIERA, en PETRUCCI, art. cit, p. 280.

²⁹ Robert FAVREAU, en PETRUCCI, art. cit, p. 272.

consonancia con el pago de éste. La escritura lapidaria y la temática monumental fueron objeto de aprendizaje consciente. Es preciso tener en cuenta que el trabajo del *lapicida* fue importante y tuvo notable difusión. Es célebre la expresión de Hermeros, personaje de Petronio, “lapidarias litteras scio”³⁰ (¡ya conozco las letras lapidarias!). Testimonio de la dureza del aprendizaje es el relato de Luciano, quien en su obra cuenta como su tío era dueño de un taller lapidario y le acogió en su oficina para que aprendiera el trabajo de *lapidarius*, dándole un cincel y una tableta para que grabara un texto; la dificultad del cincelado de las letras provocó que Luciano rompiera la tableta y fuese azotado por su tío como castigo³¹. Eso no es óbice para que en determinadas ocasiones, generalmente en lugares alejados de los principales centros en los que se suelen ubicar los talleres epigráficos, sea relativamente común el hallazgo de inscripciones en las que *lapicida* u *ordinator*, que en estos casos suelen ser la misma persona, demuestren una escasa familiarización con el trabajo epigráfico. Probablemente muchas inscripciones fueron trazadas por personas que conocían la escritura, pero que no eran auténticos profesionales epigráficos, individuos que a diferencia del personaje de Petronio no conocían las letras lapidarias, lo cual evidentemente se deja sentir en el resultado final obtenido en la inscripción.

Las consideraciones anteriores permiten el desarrollo de actuales orientaciones de la Epigrafía que consideran las inscripciones como un medio de comunicación y de auto-representación, definido por rasgos diversos y mediatizado por numerosas condiciones. La “cultura epigráfica” de las grandes civilizaciones es creada en primer lugar para expresar de forma perdurable los valores fundamentales de los diferentes sistemas socio-políticos y la posición de los individuos en los sistemas mismos. Esto permite contemplar a la Epigrafía como una ciencia histórico-cultural abierta hacia las ciencias sociales y por eso no privada de relación con el desarrollo de las ciencias humanas en nuestros días. La interdisciplinariedad se torna en esencial si se pretende investigar, comprender y valorar en su adecuada medida el hecho epigráfico, el papel que juega la producción epigráfica en determinadas sociedades.

¿Puede la Epigrafía prescindir del estudio de estos elementos tan relacionados con las inscripciones?. Bajo mi punto de vista no. De hecho, actualmente algunas realidades epigráficas han encontrado explicación empleando este tipo de enfoques. Podríamos citar, a manera ilustrativa, el fenómeno de la

³⁰ *Satyricon*, 58, 7. Citado por SUSINI, p. 72.

³¹ Citado en Rosario CEBRIÁN FERNÁNDEZ, *Titulum fecit. La producción epigráfica romana en las tierras valencianas*, Madrid, 2000, p. 27.

explosión epigráfica que tiene lugar en el mundo romano en época de Augusto. Ese súbito aumento del número de inscripciones sólo puede ser justificado si atendemos a los caracteres funcionales de las inscripciones, al objetivo con el que se ejecutan. Lógicamente para llegar a tal fin es necesario el estudio de la inscripción, o mejor para este caso, de la producción epigráfica contextualizándola en su propia época. Augusto percibe perfectamente el valor propagandístico del mensaje epigráfico y lo utiliza de modo consciente como vehículo de auto-representación y glorificación, como un medio de exaltar su propia persona entre la sociedad. Las elites de la sociedad romana imitarán el comportamiento del *princeps* para glorificarse y a partir de ahí el hábito epigráfico se irá difundiendo entre el resto de clases sociales³². De ahí la importancia que el mensaje epigráfico adquiere en la vida pública “como instrumento de afirmación del poder, de difusión de las ideas y de persuasión política”³³. Las inscripciones buscan la autoafirmación del individuo, tanto en su propia familia como en el conjunto de la sociedad. Es evidente que la valoración de este papel ejercido en la sociedad romana por los epígrafes no hubiera sido posible de plantear sin tener muy presentes y muy en cuenta los elementos externos, directamente relacionados con los funcionales. Similar es el caso de lo acontecido en Castilla a partir del siglo XIII, cuando la expansión de la capacidad de escritura y lectura, su secularización y los deseos de promoción social de las clases inferiores, amparados en el creciente poder económico de la burguesía, son factores que explican el sensible aumento en el número de inscripciones a partir de esa época³⁴.

Tener en cuenta todos estos elementos es estudiar el epígrafe mismo, comprenderlo. El único modo de hacerlo es situarlo en el contexto histórico de la sociedad que lo produce, pues lógicamente ésta va a determinar tanto al autor moral de la inscripción como al material, al personaje que la encarga y al taller que lo produce. La temática, la disponibilidad de formularios y la variedad de éstos, la cultura del que redacta la inscripción, sus creencias religiosas, la organización de la sociedad, etc. son todos elementos de clara influencia que el epigrafista debe tener en cuenta. Bien lo describió Louis Robert cuando afirmó que “el epigrafista no debe ser sólo un experto en su propia disciplina, sino que debe conocer los problemas y los métodos de la filología clásica, de la arqueología, de la numismática, de la geografía del mundo antiguo y sobre todo

³² ALFÖLDY, “Augusto e le iscrizioni: tradizione ed innovazione”.

³³ DONATI, op. cit, p. 31.

³⁴ SANTIAGO FERNÁNDEZ, “La Epigrafía bajomedieval en Castilla”, *II Jornadas Científicas sobre Documentación de la Corona de Castilla (siglos XIII-XV)*, Madrid, 2003, p. 248.

de su historia”³⁵. Aquí la interdisciplinariedad y la colaboración con otros especialistas de las distintas Ciencias Humanas se torna en esencial.

De cualquier modo, pese a lo que acabo de decir, la Epigrafía no debe perder de vista el que es su principal objeto de estudio, el epígrafe, los conjuntos de epígrafes y la evolución de la producción epigráfica, deslumbrada por las perspectivas y brillantez de enfoques que posibilitan planteamientos como el que acabo de referir. La producción epigráfica debe ser el centro y en torno a ella deben girar los caminos que siga el método epigráfico. La contextualización y el estudio de los elementos funcionales deben servir para entender mejor el epígrafe, para conocerlo con mayor profundidad, para entender el por qué de determinados elementos que aparezcan en él o la forma en que lo hagan, pero no para emplearlo como excusa para emprender investigaciones que poco tienen que ver con la Epigrafía. Hacer esto, es decir intentar o pretender ver la sociedad, los usos sociales, económicos o religiosos de una determinada época histórica a través de las inscripciones es convertir a la Epigrafía de nuevo en una ciencia auxiliar.

Los temas a los que antes he aludido se relacionan con otra de las tendencias actuales que se vienen siguiendo en los últimos años. Me estoy refiriendo al estudio del trabajo epigráfico, al conocimiento de los talleres epigráficos, que en los últimos 50 años ha conocido trabajos muy notables, especialmente de la mano de destacados autores italianos, como Susini³⁶, Donati³⁷ o Manacorda³⁸, contando con destacada presencia en España a partir de los años 80³⁹, independientemente de los trabajos pioneros de Navascués, con sus estudios sobre las inscripciones cristianas de Mérida o sobre las estelas salmantinas de época romana⁴⁰.

³⁵ Louis ROBERT, "Comunication inaugurale", *Actes du Deuxième Congrès d'epigraphie grecque et latine*, París, 1953, p. 52.

³⁶ SUSINI, "L'officina lapidaria di Urbino", *Studi in onore di L. Banti*, Roma, 1965, pp. 308-318; "Le officine lapidarie romane di Ravenna", *Corsi di cultura sull'arte ravennate e bizantina*, XII (1965), pp. 547-576.

³⁷ Angela DONATI, *Tecnica e cultura dell'officina lapidaria brundisina*, Faenza, 1969.

³⁸ Daniele MANACORDA, "Un'officina lapidaria sulla via Appia", *Studia Archeologica*, 26 (1979).

³⁹ Entre otros podrían destacarse los siguientes trabajos: Urbano ESPINOSA, "Una *officina* lapidaria en la comarca de Camero Nuevo (La Rioja)", *Anejos de Gerión*, II (1989), pp. 403-415, Juan Manuel ABASCAL PALAZÓN, "Una *officina* lapidaria en Segobriga. El taller de las series de arcos", pp. 303-343, CEBRIÁN FERNÁNDEZ, *op.cit.*, o SANTIAGO FERNÁNDEZ, *La Epigrafía latina medieval en los condados catalanes (815-circ. 1150)*, Madrid, 2003, pp. 215-241. Además, cabría la cita de algunos *corpora* epigráficos que incorporan la identificación de los talleres.

⁴⁰ NAVASCUÉS, "Caracteres externos de las antiguas inscripciones salmantinas. Los epitafios de la zona occidental", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLII, II (1963).

Es una línea de investigación que, una vez más, parte del estudio conjunto de los caracteres externos e internos. En este sentido la aportación de Mallon fue capital. Fue él quien distinguió de modo que podemos considerar casi definitivo las distintas fases que participan de la génesis de un documento epigráfico remarcando la influencia que tienen en el resultado final⁴¹. Mallon estableció unas etapas, después ampliadas y matizadas por otros autores, pero seguramente corresponda a Susini el mérito de activar el estudio de la producción epigráfica a través del trabajo de los talleres, con la publicación de su magnífica obra *Il lapicida romano*; obra interesantísima por lo que tiene de reflexión sobre la producción epigráfica, cómo se produce ésta, qué incidencia tiene en la sociedad, etc.

Esta relativamente reciente línea de investigación tiene como objeto la identificación de los talleres epigráficos u *officinas* lapidarias, si queremos ser más precisos en la terminología. Es poco lo que conocemos sobre la ubicación concreta de los talleres u oficinas; por ello cuando utilizamos esta terminología nos estamos refiriendo a ámbito de producción, que incluye aquellos monumentos epigráficos de una determinada área y pertenecientes a un período cronológico concreto, más o menos amplio, con una serie de características comunes y que, debido a ello, suponemos realizados por uno o varios artesanos de un mismo taller⁴². El interés de su estudio es evidente por cuanto dichos talleres son representativos de unas modas, de unas influencias culturales y sociales, que quedan reflejadas en la inscripción y que permiten seguir la evolución del trabajo epigráfico en una determinada zona, analizando y observando los diversos influjos de todo tipo a los que se encuentra sometido y que tienen incidencia en el resultado final de la producción epigráfica. El único modo de valorar la producción epigráfica de una determinada zona es conociendo “el horizonte de su cultura”, empleando terminología de Susini. Es preciso valorar el ámbito en el que se mueven los artesanos de una oficina lapidaria y los clientes que la frecuentan para realizar una investigación epigráfica seria y con rigor científico.

El estudio de estos talleres epigráficos se hace mayormente utilizando los mismos epígrafes como fuentes esenciales, atendiendo a criterios decorativos, de escritura y material empleado. Su identificación es posible porque los artesanos que trabajaban en ellas eran artesanos y no artistas, por lo cual realizaban, salvo

⁴¹ MALLON, *Paleographie Romaine*, p. 57.

⁴² J.M. BONNEVILLE, “Le support monumental des inscriptions: terminologie et analyse”, *Epigraphie Hispanique*, 10 (1984), p. 123.

raras excepciones un trabajo repetitivo y poco creativo; ejecutan una producción en serie, de acuerdo a unos modelos característicos de los que suelen apartarse en escasa medida. El único factor de alteración debió ser el deseo del cliente, así como seguramente también su disponibilidad económica; por ello, la producción de un taller suele ser bastante repetitiva. Ya afirmó Susini, que los talleres lapidarios contaban con su propio lenguaje monumental, que partía y se adaptaba a las tendencias artísticas de la época y utilizaba las fórmulas características de su ámbito geográfico y cronológico⁴³. Según las modas y gustos modificaban el empleo de fórmulas o propiciaban la adopción de determinados motivos decorativos en los soportes, las oficinas incorporaban las nuevas tendencias a sus repertorios, tendencias que normalmente surgían en los talleres de los grandes centros urbanos y a partir de ellos se difundían al resto de ciudades del Imperio⁴⁴.

Estas aclaraciones son necesarias para ver como a partir de fundamentalmente los elementos externos, que reflejan mejor el trabajo individualizado de las oficinas, pues los internos son enormemente repetitivos, se pueden distinguir las características propias de cada taller. Será el estudio del conjunto de rasgos epigráficos, como el empleo de unos tipos escriturarios determinados, siglas características, nexos, fórmulas, expresiones típicas, elementos decorativos, molduras, modo de preparar el llamado espejo epigráfico, forma de realizar la incisión de las letras, tipología de monumentos, tipo de material empleado, lo que nos permita identificar un taller epigráfico o trazar un horizonte epigráfico articulado en una o más oficinas. De cualquier forma, también es preciso tener en cuenta otros factores que pueden ser ajenos en cierta medida al taller, como movimiento de artesanos familiarizados con un trabajo determinado⁴⁵, importación de monumentos semiacabados o de materiales, etc. Es un tipo de investigación más rica e interesante en provincias periféricas donde los fenómenos llegan de manera más lenta, perviven con mayor tenacidad y se entremezclan con otro tipo de influencias.

Como se ve en las modernas tendencias de investigación que, bajo mi punto de vista, ha de seguir la epigrafía en el siglo XXI: estudio integral de la inscripción, valoración de su papel como medio de comunicación en su propia

⁴³ SUSINI, *Il lapicida romano*, pp. 29-30.

⁴⁴ CEBRIÁN FERNÁNDEZ, *op. cit.*, p. 34.

⁴⁵ Este hecho ha sido apuntado en diferentes ocasiones; ver al respecto M. RUIZ TRAPERO, SANTIAGO FERNÁNDEZ y J.M. de FRANCISCO OLMOS, *Inscripciones latinas de la Comunidad de Madrid*, Madrid, 2001, pp. 35-36 y 190-191. FAVREAU, *Les inscriptions medievales*, Turnhout, 1979, p. 27. SANTIAGO FERNÁNDEZ, *La Epigrafía latina medieval en los condados catalanes*, pp. 235-236.

sociedad, explicación de sus características en función de su contexto histórico y cultural y análisis de la producción de los distintos talleres epigráficos, asoma siempre la necesidad de valorar los elementos externos y los funcionales. De ahí que al principio de este artículo afirmara que Navascués es la base en la que se apoya la moderna investigación epigráfica. Lógicamente después de él otros muchos investigadores han ido desarrollando y avanzando en nuevas vías de investigación, pero una vez que la necesidad de estudiar la materia, la forma, la escritura e incluso la ubicación original de la inscripción ha quedado sólidamente asentada. El paso que la Epigrafía ha dado desde entonces ha sido grande.

Para que la Epigrafía pueda mantener esas líneas de investigación, profundice en ellas y desarrolle otras nuevas es esencial cuidar enormemente la edición de inscripciones o conjuntos de inscripciones. Esta es la herramienta principal del trabajo de investigación epigráfica. El número de inscripciones conocidas está aumentando enormemente en los últimos años, tanto en el campo de la Epigrafía Clásica como de la Medieval. Eso puede abrir nuevas perspectivas a nuestra ciencia, pero siempre y cuando esas publicaciones sean hechas de un modo minucioso, cuidado y con disciplina científica.

Un buen modo de realizar la edición de inscripciones es la distribución provincial. Ya he hablado anteriormente de los talleres epigráficos, cuyas características justifican este estudio que propongo. La publicación de inscripciones no puede ni debe quedarse en las piezas individuales. Como dije antes, las inscripciones no son compartimentos estancos. Existen profundas relaciones entre ellas siempre y cuando haya proximidad geográfica y cronológica. Es preciso tener en cuenta esas relaciones, semejanzas y diferencias, pues el estudio conjunto de grupos de inscripciones es la única forma posible de hacer progresar la disciplina científica que es la Epigrafía. El análisis individualizado y únicamente descriptivo de una inscripción, por muy profundo y minucioso que sea, no es suficiente. Es precisa la comparación, el contrastar los datos obtenidos a través del estudio individualizado de muchas inscripciones, como única forma de hacer progresar el conocimiento epigráfico.

El estudio del mayor número posible de inscripciones de una zona nos dará la evolución de los monumentos epigráficos dentro de ella. El contraste de los resultados con estudios similares realizados en otros lugares permitirá la necesaria visión de conjunto. De cualquier forma, los criterios de agrupación pueden variar y dependerán del enfoque que se pretenda dar al estudio.

Dentro de cada grupo de inscripciones se debe comenzar por las que están datadas de forma explícita, pues ello dará la pauta para establecer comparaciones entre las características de unas y otras. Como en toda ciencia histórica, la cronología está presente en la Epigrafía y a ella debe circunscribirse cualquier investigación seria. El apoyo en las inscripciones datadas dará una firme base para estudiar la evolución cronológica de la producción epigráfica de una zona concreta. De hecho un epígrafe sin datación o sin una propuesta razonada de cronología es un instrumento históricamente casi inservible, pues pierde una parte sustancial de su valor cuando no puede ser ubicado en el tiempo con un grado de precisión relativo. De ahí el apoyo importante que pueden prestar las inscripciones datadas con seguridad para situar, por la comparación de sus elementos internos y externos, el resto del conjunto.

Lo que he expuesto han sido una serie de ideas conforme a como yo veo o entiendo la Epigrafía, o quizá mejor, conforme a como se ha visto y entendido la Epigrafía en la cátedra de la Universidad Complutense desde la época de Navascués. Ha sido una línea docente e investigadora continuada después de él por la Profesora Ruiz Trapero, que yo asumo y mantengo. La intención del presente artículo no ha sido ofrecer ideas dogmáticas, sino solamente rendir homenaje a ambos maestros y qué mejor modo de hacerlo que contribuyendo a recordar sus ideas y principios, resaltando su contribución a las actuales tendencias historiográficas en Epigrafía.